

## CUERPO LOCUAZ. POÉTICA, BIOLOGÍA Y COGNICIÓN

Amelia GAMONEDA

Madrid: Abada Editores, 2020, 254 pp.

ISBN: 9788417301552

Devolver las palabras a su origen, y escuchar la voz de la naturaleza en las inscripciones de la cultura: tal es, según Amelia Gamoneda, el privilegio de una parte de la poesía contemporánea. Los versos del poema, trazados con la elaborada grafía de la civilización, retienen sin embargo el comienzo del mundo, testimonian sobre el principio de la humanidad, y protegen la infancia de la lengua. En el cuerpo poético, todo él gesto primitivo, ritmo primordial, movimiento primigenio, late lo subsimbólico, lo que tiene sentido antes de recibir ningún significado; por la mente poética se extiende la metáfora, la que, para saber del mundo, no necesita acudir a la escuela del conocimiento establecido. Subsimbólica y metafórica es la vida del poema, la vida en el poema, ambas confundidas (la vida cultural y la vida natural) en una pasión, en una única pulsión que es la de lo no hablado, y que tampoco puede ser propiamente dicho, ni siquiera por el propio poema: la experiencia sin nombre del hombre en el *continuum* del ser —que poco tiene que ver con su mimesis—, allí donde todavía no hay diferencia clara entre el sujeto y el objeto, entre nosotros, lo otro y los otros, para mayor gloria de un destino común que nos emparenta con las cosas y con los animales, y que nos saca del remolino antropocéntrico. En la poesía contemporánea, balbuceante revelación de la *physis* en el *logos*, descansamos de la cultura cultivada, y de sus certidumbres impuestas.

Pero al entender así el poema y la poesía, la teoría poética se encuentra, paradójicamente, con una de las manifestaciones más consumadas de la cultura y de la civilización: con las ciencias, y, en concreto, con las ciencias cognitivas. Pues, al igual que para Amelia Gamoneda lo simbólico arraiga en lo subsimbólico, para las ciencias cognitivas el sentido (cultural) nace de los sentidos (fisiológicos): estética y cognoscitivamente hablando, las cuerdas vocales del poeta, en su intento, no tanto de representar la realidad como expresar una subjetividad encarnada, vibran con el temblor incontenible de la biología.

Las ciencias cognitivas, en efecto, disponen de un arsenal de conceptos, forjados en contacto con la investigación neurofisiológica, capaces de explicar por qué la utopía, a primera vista algo regresiva, de una lengua de retorno a su titubeante nacimiento, resulta de la añoranza que nuestro instruido cuerpo propio siente por sus vínculos espontáneos,

sensomotores y kinestésicos, con la sustancia del mundo, con sus emocionantes estados y con sus imprevisibles acontecimientos. Son justo tales ciencias las que permiten, ya que la paradoja es solo aparente, superar el corte ontológico entre la cultura y la naturaleza, persiguiendo la coherencia evolutiva que enlaza lo humano con lo animal, y rastreando los fundamentos biológicos de lo que ha devenido: de la lengua, los conceptos, el pensamiento racional, la conciencia superior. Este rastreo, efectuado desde la poética, responde en buena medida al programa de naturalización del espíritu que orienta la práctica de las humanidades y de las ciencias sociales en la actualidad. Y arrastra, junto con el fin de la excepción humana —según una conocida sentencia de J.-M. Schaeffer—, la consecuente alianza epistemológica de las humanidades, y de las ciencias sociales, con las ciencias naturales y las ciencias formales.

Afortunadamente, la reflexión literaria desplegada en el presente libro, que Amelia Gamoneda va construyendo con método desde anteriores publicaciones (*Del animal poema: Olvido Valdés y la poética de lo vivo*, Oviedo, KRK Ediciones, 2016), trasciende su marco cognitivista, por lo demás manejado con una encomiable prudencia científica. La autora hace proposiciones teóricas, nunca asesta dogmas; y las apoya sobre precisos análisis de textos (Baudelaire, Verlaine, Rimbaud, Éluard, Claudio Rodríguez, Antonio Gamoneda), donde el arsenal de la neurohermenéutica se emplea en el respeto estricto de la mejor tradición filológica. Las generalizaciones, a veces un tanto precipitadas, de las ciencias cognitivas sobre el funcionamiento de la mente, y sobre la determinación fisiológica de nuestras conductas simbólicas y subsimbólicas, quedan compensadas, de tal suerte, por el firme anclaje de *Cuerpo locuaz* en la especificidad del ejercicio poético; y, también, por la evidente adhesión a la poesía —al poema como vida frágil y expuesta, a la que hay que escuchar y preservar— que desprenden estas páginas.

Con todo, la remisión contemporánea de las humanidades a las ciencias naturales y formales somete a dura prueba uno de los postulados básicos de la semiótica: el de la autonomía, al menos parcial, de lo simbólico, y su intrínseca índole social. Queda por ver, entonces, cómo se atenúa la resistencia que, en los límites epistemológicos del campo científico, engendra la poética cognitiva de alineación naturalista.

Aun prestando un oído atento al latido animal del poema, y ponderando su energía preconsciente, la investigadora no parece pretender desinstitucionalizar la lengua, ni siquiera la lengua poética: más bien, nos recuerda que la articulación lingüística y la racionalidad categorial —es decir, lo que un semiólogo llamaría la *estructura*— no son todo lo que hay en el mundo, ni en la humana experiencia del mundo. El poeta es, simplemente, ese sujeto en el que el *homo loquens* logra escapar del dominio del código, de la norma, de la ideología —y, añadiríamos nosotros, del algoritmo y de la programación—, en una regresión progresiva que reivindica el cuerpo, el instinto, la pulsión, la conciencia primaria subyacente a la conciencia superior.

Pero la estructura resiste, y lo que ha devenido quizá no pueda ser míticamente desalojado por sus precursores. La puesta entre paréntesis, que un sector de la poesía actual planea, de la cultura y de sus convenciones, se ejecuta —Gamoneda lo deja siempre

claro— desde el interior de la cultura y de sus convenciones, así como la vivencia animal de un poeta casi niño, casi *in-fante*, se recrea desde dentro de la biografía (de la vida *escrita*, concebida, pensada) del poeta adulto que trata de salvaguardarla y de prolongarla, *à corps perdu*, por medios subsimbólicos, en tensión quizá irreducible entre lo que nuestro vocabulario todavía distingue como carne y como espíritu.

Nadie sabe si lo consigue. Este libro lo acompaña en su intento, por amor de la poesía; y da cuenta, por interés por la ciencia, de la manera en que lo construido, las estructuras de la cultura, que la semiótica clásica percibió casi siempre como sociales e históricas, van dejando transparentar, gracias a la investigación neurofisiológica, estructuras de la naturaleza, biológicas y provisionales. Los conceptos de red o de auto-organización recogen hoy, en el seno del nuevo paradigma naturalista, la herencia del principio estructural —aunque quizá la autora no estaría enteramente de acuerdo con esta afirmación—. Concedamos, eso sí, que, a diferencia del estructuralismo más inmanentista, el cognitivismo refuerza las conexiones externas, contextuales y circunstanciales, de las “dependencias internas” propias de toda estructura (Hjelmslev), y subraya su evolutiva plasticidad. Al fin y al cabo, redes y auto-organizaciones naturales, al estar hechas en carne viva y, *hélas*, pasajera, se ven obligadas a adaptarse con rapidez y eficacia a los cambios en su entorno, tanto biológico como social.

No puede cerrarse *Cuerpo locuaz* sin sentir que contiene, aun cuando no la declare, una ética eudaimonista, válida a la vez para la poesía y para su estudio. En poesía, se desprendería de la búsqueda de la felicidad en la materia, apenas decible, del mundo: en la viviente, empezando por la del cuerpo propio, con sus palpitations emocionales; y en la inerte, incluida la del horizonte físico, con sus atracciones formales. En el estudio de la poesía, esa ética se cifraría en la exploración gozosa del conocimiento científico, por definición interdisciplinar. Y, aquí, en cierto modo, liberador, pues se trata de un conocimiento que, a diferencia del metafísico del Eclesiastés, reivindica la existencia y lo existente, en lugar de asfixiarlos bajo un desengañado nihilismo. Estas páginas dedicadas a la poesía resultan, así, científicas y paganas a la par.

Por añadidura, la obra de Gamoneda, escrita con agudeza, ofrece, a semejanza de algunas producciones musicales, un *bonus track*: una luminosa indagación de las relaciones entre poesía (entendida en tanto vértigo del lenguaje y desarticulación del pensamiento lógico) y fotografía (abordada en cuanto interpretación del percepto y deconstrucción del referente real). Dicha indagación constituye un ejemplo modélico de estudios interartísticos, y hace desear incursiones más frecuentes de la autora en la teoría de la imagen y en la cultura visual.

Manuel González de Ávila  
Universidad de Salamanca



This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International (CC BY-NC-ND).